

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

- Editorial*    **3**    **El bautismo de Jesús**
- Hans Jörg Rigger*    **5**    **“Yo os bautizo sólo con agua como signo de conversión”**
- Alberto Espezel*    **17**    **El Bautismo de Jesús**
- Jean-Pierre Batut*    **25**    **Para una lectura teológica del bautismo de Jesús**
- Rebeca Obligado*    **37**    **El bautismo de Jesús en los Padres de la Iglesia**
- Augusto Zampini*    **51**    **Bautismo. Una apreciación teológico pastoral**
- Joseph Ratzinger*    **71**    **Pensamientos sobre el lugar que tiene la doctrina y la piedad mariana en la fe y en la teología consideradas integradamente**
- Francisco Bastitta*    **83**    **¡Queridos jóvenes! *En memoria de Juan Pablo II***

# ¡QUERIDOS JÓVENES!

## En memoria de Juan Pablo II

*Francisco Bastitta*

*“¡Ustedes son la esperanza de la Iglesia y del mundo! ¡Ustedes son mi esperanza!” (Juan Pablo II, palabras dirigidas a los jóvenes el día de su asunción, 22 de Octubre de 1978)*

Deseaba profundamente volver a encontrarme con él. Cuando el 19 de agosto de 2000 nuestro grupo llegó a la explanada de la universidad romana de Tor Vergata, con mochilas a cuestas, unos 35° C de temperatura y mucha humedad, todos buscábamos lo mismo. Cientos de miles de jóvenes de las naciones más diversas fueron ocupando el terreno, desplegando carpas y banderas. Eran los últimos días de las Jornadas Mundiales de la Juventud en el Gran Jubileo. En los grupos hicimos un balance de la experiencia, comimos y entonamos cantos con alegría en decenas de lenguas diferentes. En un momento, al atardecer, la multitud quedó en silencio. El zumbido de un helicóptero que se aproximaba hacia el escenario central despertó un murmullo, que luego explotó en exclamaciones y aplausos a lo largo de hectáreas de gente. A una voz, casi dos millones de jóvenes anunciaron: “¡Ahí viene! ¡Ya llega! ¡Viva el Papa!”. La emoción no era sólo nuestra.

*“Al sobrevolar aquella área en helicóptero, pude admirar desde lo alto un espectáculo único e impresionante: una enorme alfombra humana de gente en fiesta, felices al poder estar juntos. Nunca podré*

*¡Queridos jóvenes! En memoria de Juan Pablo II*

*olvidar el entusiasmo de esos jóvenes. Habría querido abrazarlos a todos y expresar a cada uno el cariño que me une a la juventud de nuestro tiempo, a la que el Señor confía una gran misión al servicio de la civilización del Amor” (Audiencia general, 23 de Agosto de 2000).*

Varias generaciones de jóvenes lloramos la muerte de Juan Pablo II, ese hombre que, como padre y pastor, llegaba siempre con sus gestos y sus palabras a lo más hondo de nuestra intimidad. Él fue capaz de comprendernos como nadie. Con los jóvenes y adolescentes se sentía siempre a gusto. Frente a ellos revelaba sus inquietudes y deseos, toda la riqueza de su sabiduría, de su humanidad y de su vida de oración.

Sin embargo, el dolor por la pérdida de su presencia física no enturbia la permanencia de su testimonio de vida en nosotros y de su compañía espiritual, que muchos experimentamos. Lo recordamos desde los jóvenes, porque ellos mismos, su sed de amor y de felicidad, representan un elemento central de su vocación sacerdotal, y porque el espíritu joven no abandonó a Karol Wojtyla ni en sus momentos más difíciles.

### **Interlocutores difíciles**

No es fácil aproximarse a un adolescente o a un joven. La mayoría de los adultos los considera problemáticos. Lo cierto es que sus vidas aún no tienen rumbo preciso y que suelen estar confundidos. Además, es común que sean acomplejados y cuestionadores. Si para los padres es difícil hablar con sus hijos, qué decir de las distintas autoridades. Ya sean superiores educativos y laborales o dirigentes políticos, todos parecen tenerles un cierto temor. Tienden a menospreciar o simplemente a evitar a los interlocutores jóvenes, tan rebeldes como imprevisibles. Muchas veces es la sociedad entera la que los margina, y les presta atención sólo como grandes consumidores.

El Papa superó esos temores en su propia juventud como sacerdote. Su autoridad nunca fue represiva o manipuladora. Él enten-

día las dificultades, los ideales y los desafíos de los adolescentes y los jóvenes. Salía al encuentro de la vigorosa efervescencia que teníamos y de nuestra profunda inseguridad. Su mirada tierna atravesaba nuestros muros interiores, invitándonos a reflexionar, a buscar, a levantarnos, a compartir con los demás y a seguir a Jesús.

Me viene a la mente un episodio que viví en las jornadas juveniles de 1997, en París. Cientos de jóvenes de distintos países caminábamos por las calles de la ciudad hacia el lugar de una de las celebraciones. De repente, anunciaron que el auto del papa pasaría por allí. Corrimos una cuadra y nos paramos detrás de unas vallas para verlo pasar. El auto negro con vidrios polarizados se acercó rápidamente. Todos saludamos y algunos agitaron sus banderas. Para nuestra sorpresa, el automóvil se detuvo en seco y retrocedió unos metros. Después de unos segundos, un grupo de al menos seis hombres de traje oscuro salieron raudos y confundidos por las cuatro puertas y rodearon el vehículo. No habían logrado disuadirlo.

Las vestiduras blancas del Papa se asomaron a la luz del sol enseguida. Estaba sonriendo. Siempre tuvo un excelente sentido del humor. En aquellos años su salud estaba atravesando un momento especialmente delicado, y se notaba cuánto le costaba caminar. Levantó su mirada hacia nosotros. Su cara estaba encendida de alegría. Con la ayuda de su bastón fue acortando la distancia. Avanzaba unos pasos con la vista en la calle, se detenía y volvía a mirarnos. Estaba emocionado.

Me di vuelta y yo también vi lo que lo había cautivado hasta las lágrimas. Entre las banderas europeas, americanas y africanas que había allí, un grupo de chicos y chicas ondeaban una de Israel. Con indecible ternura saludó y abrazó Juan Pablo II a esos jóvenes. Agradeció su presencia, acarició sus rostros llorosos y nos bendijo a todos.

### **Un llamado esperanzado y exigente**

Además de ser comprensivo y optimista con respecto a la ju-

ventud, Juan Pablo II siempre nos expresó claramente las exigencias que implican —como en el caso del joven rico— el seguimiento de Cristo y la santidad. Con firme carácter se lanzó en contra de la mediocridad y del conformismo de la sociedad actual. En varias ocasiones sus palabras sacudieron nuestra interioridad adormecida con preguntas radicales: ¿Cuál es el sentido de sus vidas? ¿Dónde está puesto su corazón? Desde su propia experiencia humana y espiritual, proponía una sola respuesta plena y definitiva. En la noche de vigilia en Tor Vergata nos habló así:

*“En realidad, es a Jesús a quien buscan cuando sueñan la felicidad; es Él quien los espera cuando no los satisface nada de lo que encuentran; es Él la belleza que tanto los atrae; es Él quien los provoca con esa sed de radicalidad que no les permite dejarse llevar por el conformismo; es Él quien los empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien lee en su corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el que suscita en ustedes el deseo de hacer de su vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejarse atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometerse con humildad y perseverancia para mejorarse a ustedes mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna.”*

En el mensaje de convocatoria ya nos había animado: *“¡No tengan miedo de ser los santos del nuevo milenio!”*. Cómo contagiaba su valentía y su fuerza interior. Después de pasar la noche a cielo abierto, coronó la mañana la misa de cierre de las jornadas, que fue también inolvidable. El Papa extendía sus brazos hacia nosotros y luego los movía de un lado al otro, al ritmo de los cantos. Durante la celebración, el texto del Evangelio era un fragmento del discurso del Pan de Vida (Juan 6, 44-60; 67-69). En su homilía, Juan Pablo II hizo referencia a las dificultades para aceptar y seguir a Jesús. Recordó que muchos dejaron a Cristo en esa ocasión y nos dirigió la misma pregunta del Señor a sus discípulos: *“¿También ustedes quieren marcharse?”*.

*“«¿También ustedes?». La pregunta de Cristo sobrepasa los siglos y llega hasta nosotros, nos interpela personalmente y nos pide*

una decisión. *¿Cuál es nuestra respuesta?*” Ante esta interrogación, pronunciada por el Papa con voz fuerte y clara a pesar de su ronquera, la multitud de más de dos millones de personas se quedó enteramente en silencio. Es imposible expresar la elocuencia de ese clima, cargado de energía y expectación. Juan Pablo sonrió y exclamó vigorosamente: *“Queridos jóvenes, si estamos aquí hoy es porque nos vemos reflejados en la afirmación del apóstol Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Juan 6,68).”* Y muchos repetimos desde lo más hondo esta frase junto con Pedro, en la certeza de que Jesús estaba realmente presente allí. Nuestra alegría y entusiasmo desbordaron en cantos y aplausos una vez más. *“¡Roma nunca olvidará este ruido!”*, bromeó el Papa.

### La Cruz y el adiós

Innumerables heridas marcaron la vida, el carácter y la espiritualidad de Karol Wojtyla. La pérdida de su madre en la niñez, la de su único hermano tres años más tarde y la de su padre en la juventud se sumaron a los horrores de la guerra y la persecución, los atentados contra su vida y las numerosas dolencias físicas y enfermedades que cargó, sobre todo en los últimos años. En medio de su debilidad, la ternura maternal de María era una fuerza inconmensurable en él, consagrado por completo a la Madre de Dios. Gracias a todo ello, él podía ver y palpar como pocos nuestras heridas interiores. Pronunciaba con valentía todos nuestros miedos y nos alentaba contra todo lo que nos hace esclavos. Cuántas veces nos comunicó la dulce presencia del Espíritu de Jesús en sus palabras: *“¡No tengan miedo!”*. Su testimonio acercó a millones de jóvenes a la Cruz de Cristo, fuente de todo consuelo y perdón.

*“A veces, cuando se mira a los jóvenes, con los problemas y las fragilidades que les caracterizan en la sociedad contemporánea, hay una tendencia al pesimismo. Es como si el Jubileo de los Jóvenes nos hubiera ‘sorprendido’, trasmitiéndonos, en cambio, el mensaje de una juventud que expresa un deseo profundo, a pesar de posibles*

*ambigüedades, de aquellos valores auténticos que tienen su plenitud en Cristo” (Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte, N° 9, 2001).*

De nuevo aparece con fuerza la esperanza del Papa puesta en la juventud, etapa que considera decisiva en la vida del hombre, porque en ella se juega su vocación, su maduración y su capacidad de amar. Solía afirmar que lo esencial de la juventud era el anhelo de plenitud, y que por eso, aún anciano, él seguía siendo joven. Su extraordinaria lucidez y una cierta picardía lo hacían todavía más cercano a nosotros. Era juvenil, pero al mismo tiempo asumía las responsabilidades del servicio a Jesús hasta las últimas consecuencias, soportó con grandeza la cruz hasta el fin. Por esta razón eran tan radical su testimonio. En las últimas jornadas de jóvenes a las que asistió –las de Toronto, en 2002– dirigió a los jóvenes estas bellas palabras con un tono muy personal:

*“Ustedes son jóvenes, y el Papa está viejo y un poco cansado. Pero todavía se identifica con sus expectativas y con sus esperanzas. Aunque haya vivido entre muchas tinieblas, bajo duros regímenes totalitarios, he visto bastante como para estar firmemente convencido de que ninguna dificultad, ningún temor es tan fuerte que pueda sofocar completamente la esperanza eterna que brota en el corazón de los jóvenes.”*

Y nada ni nadie podía extinguir la esperanza del Papa puesta en nosotros. Nos ayudaba a crecer. Nos animaba a abrirnos a los otros, a reconocer el don y el abrazo de Dios en nuestro interior y en los demás, a dar las gracias de todo corazón. Nos invitaba, a su vez, a abrazar a Jesús en los más débiles y necesitados, a anunciar con alegría la buena noticia.

Ahora que ya no está entre nosotros, es fácil desesperar. Sin embargo, su mayor legado fue la confianza en Jesús, la centralidad absoluta que tuvo en su vida. Así, como lo había hecho en 1984, durante el año santo de la Redención, en 2004 volvió a presentar la sencilla “cruz peregrina” de madera a los jóvenes, para que llevaran el símbolo de un Amor sin límites por todo el mundo, como lo hizo él.

*“Queridos jóvenes: ¡permanezcan unidos a la Cruz! No pierdan de vista la gloria que también les espera a ustedes. ¡Cuántas heridas experimentan sus corazones, causadas con frecuencia por el mundo de los adultos! ¡Al volver a confiarles espiritualmente la Cruz, los invito a creer que muchos confiamos en vosotros, que Cristo confía en vosotros y que sólo en Él se encuentra la salvación que buscáis!”* (Discurso a los jóvenes de Roma, 1 de Abril de 2004)

Según sus colaboradores más cercanos, en medio de su agonía, el Papa polaco dedicó sus últimas palabras comprensibles a los jóvenes. Cientos de ellos permanecían apostados en la plaza San Pedro día y noche, al pie de su ventana, rezando por su salud y esperando noticias favorables. Juan Pablo II exclamó con extrema dificultad: *“Los he buscado. Ahora ustedes han venido a verme; y les doy las gracias.”*

Nosotros tampoco podemos más que agradecerle por su amor y por su testimonio. Lo extrañamos profundamente y confiamos en que nos volveremos a encontrar.

*“Los jóvenes de entonces han cambiado, como también he cambiado yo, pero el corazón de ustedes, al igual que el mío, sigue sediento de verdad, de felicidad, de eternidad y, por tanto, ¡es siempre joven!”*